

- A. CHEVRILLON: *Trois études de littérature anglaise*.—Paris, Hachette, 1921.
- E. GUYOT: *Le socialisme et l'évolution de la Angleterre contemporaine*.—Paris, 1913.
- F. NOVION: *L'Angleterre et sa politique étrangère et intérieure, 1900-1914*. Alcan. 1924.
- LORD MELCHETT: *La politique de l'industrie*.—Paris, Grasset, 1929.
- MAX LAMBERT: *Où va l'Angleterre? Collection du temps présent*.—Paris, 1920.
- E. GUYOT: *L'Angleterre (sa politique intérieure)*.—Paris, Delagrave, 1917.
- LEONIE VILLARD: *La Femme Anglaise au 19^e siècle et son évolution*.—Didier, Paris, 1920.
- HAMON: *El Molière del siglo veinte*.
- B. FEHR: *Englische literatur des 19 und 20 Jahrhundert. Handbuch der literaturwissenschaft*.—Athenaion Berlín.
- E. GUYOT: *H. G. Wells*. Paris, Payot, 1920.
- GEORGE CONNES: *Etude sur la pensée de Wells*.—Paris, Payot, 1923.
- GALSWORTHY, JOHN: Edición completa de sus obras donde Heineman—Londres, 1923-1924.
- SHAW, BERNARD: Obras completas donde Constable, London.

UNA POSICION CRÍTICA

ESCRITORES ingenuos, periodistas mal informados o mal intencionados defienden determinadas ideas sobre el estado actual de América, con agresiva vehemencia. Para ellos es *tabú*, sagrado, aspecto indiscutible, tal o cual manifestación de actividad general. Su patriotismo se vuelve inquisidor y petulante. Se me dice que recientemente la admirable escritora Gabriela Mistral ha sido acusada de adular a países con los cuales desea congraciarse; ella desinteresada y ascética, que sufre continuamente con los dolores del nuevo mundo y es, por su grandeza moral, como ha escrito en su celebrado Panorama de nuestras letras el notable crítico francés Max Daireaux, un Sócrates cristiano que espera a su Platón. De la misma manera que ella, otros pensadores o historiadores pueden convertirse, parejos al célebre personaje de Ibsen, en «enemigos del pueblo», porque critican sin amargura, pero con firmeza, porque analizan vicios, errores o prejuicios o indagan las causas generadoras de males evidentes.

Conviene, pues, defender ahora con energía la excelencia de una posición crítica. ¿A dónde iríamos si sólo el ciego apolo-gista fuera saludado como patriota y el americanismo sig-nificara inquieta clausura o megalomanía incivil? Leyendo a algún periodista aguijado por tan peligrosas tendencias, diríase que pueblos mozos e inseguros necesitan del engaño y del endiosamiento y que para ellos también, como en el aforismo de Nietzsche, la no-verdad es condición de vida.

Empero, la hora que vivimos no es propicia para seme-jantes falimientos. En todos los continentes, agitación tur-bativa, examen de conciencia, desmedro de la tradición, irrup-ción de doctrinas destructoras, grave conjunción de amenazas. No concebimos que América sea, frente a la discusión universal, la provincia donde se refugie el contentamiento de sí, el entono que con el nombre de *hibris*, temían y condenaban los griegos. Sin duda, no ha de incurrirse en el estéril afán de denigrar o deslustrar, en un análisis que termine en negaciones; pero cabe y es eficaz el estudio detenido e imparcial de las formas del vivir y la comparación con la actividad de grandes Estados prestantes de Europa, a fin de enhestar a democracias menores o de impedir que un inexplicable engreimiento las lleve pronto a la estagnación. Si sólo el éxtasis interesado o el aplauso asalariado tienen valor, ello impondría silencio a los espíritus li-bres y engendraría una suerte de dogma tan rígido y tan peli-groso como el de las iglesias.

Volviendo al pasado de América, hallamos que nuestra mejor tradición está fundamentada en el esfuerzo de críticos de alto y sereno patriotismo quienes, desde Bolívar, inquirieron de-fectos que parecían celados, y se convirtieron en desapasio-nados y a veces melancólicos augures al considerar las amenazas que se apellidaban, en el horizonte, sobre un continente mes-tizo, sin capital humano, sin reservas económicas y sin cultura propia. En la obra varia y magnífica de Martí y de Hostos, de Alberdi y de Lastarria, de Vigil y de Montalvo, de Nabuco y de Bulnes, puede distinguirse siempre una parte de crítica audaz y de minuciosa anatomía. Se dió el caso en nuestra historia atormentada de que el analizador impaciente y el rotundo crítico a quienes ahora se acusaría de falta de patrio-tismo o de extranjería, se convirtiera en actor del drama cas-tizo y después de engarzar opiniones, gobernara al pueblo ata-rantado y le impusiera normas claras. Así, Sarmiento en la Argentina y Rafael Núñez en Colombia.

Europa, diezmada y desquiciada por la guerra, se prepara a formar un elenco de directores espirituales, teme que sus

viejas *élites* o aristocracias pierdan su antigua influencia y sean arrolladas por el tumulto de la gente advenediza o de plutocracias desdeñosas de los valores morales. América que no posee basamentos formidables como los europeos sobre los cuales levantar la ambiciosa fábrica del futuro, la oficina de las grandezas esperadas, necesita con urgencia de una clase rectora que le dirija útiles admoniciones y encauce con vigor su acción. En efecto, va dominándonos una suerte de hegelianismo inesperado que es exaltación de lo real sin medida, petulante intolerancia, sumisión a los hechos sin discriminación.

De Inglaterra, de Estados Unidos, naciones imperiales en el mejor sentido del término, que dondequiera concilian la libertad con la autoridad, el individualismo con la cohesión, el progreso material y el humanismo, nos llegan en sentido opuesto precisas lecciones. Stuart Mill escribió que el avance de los países modernos se debe no a los satisfechos, a los tranquilos poseedores de lo conquistado y de lo ganado, sino a los espíritus descontentos. Emerson elogió siempre al «no conformista» o sea al ciudadano independiente, reacio al yugo, capaz de formular una herejía.

Lo más singular es que creemos llegada la época para vivir en sosiego y en ufanía, precisamente en estos años trágicos en que se constituye un orden nuevo y se somete a radical depuración el pesado acervo de las grandes culturas. El mundo se trasmuta en aquella ciudad a que se refirió Marco Aurelio: los temores y las esperanzas repercuten de uno a otro extremo del planeta, la revolución dilata su roja influencia, la misma reacción adquiere fuerza expansiva.

Desde Moscú se piensa en los destinos tanto de China como de América meridional y Roma prepara lo que denomina la contrarreforma fascista, tanto para los pueblos latinos de Europa como para los de ultramar.

Prohijemos, pues, la libre crítica y la duda oportuna. Ninguna democracia prospera si establece aduanas espirituales, si contrarresta la diversidad de opiniones, las discrepancias incitadoras, si no sabe de una tolerancia lúcida y fecunda. Desde ahora, los grupos llamados minoristas en las repúblicas americanas, aunque defienden teorías que me parecen peligrosas, en realidad ennoblecen a las mayorías, las llevan a discutir ideas, a combatir en nombre de ideales, y destie-ran la pereza intelectual y la estrechez de los *beati possidentes*.—
FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN.